

ESBOZO DE UNA POLITICA DOCENTE

INTRODUCCION

PASADA la tormenta que en 18 de julio de 1936 se desencadenó sobre España y que ha dejado tras de sí tantas y tan ingentes ruinas, ha llegado el momento de reconstruir lo que quedó deshecho.

Cuando podamos enjuiciar con serenidad las causas determinantes de nuestra revolución, no habrá más remedio que cargar al capítulo de Enseñanza y Educación una gran parte de la culpa en la génesis y desarrollo de la gran catástrofe.

Tengo para mí que la causa principal del 14 de abril, y de cuanto después se siguió, fué la falta de una Educación Española.

En España se había hecho una gran revolución de arriba abajo desde la Institución Libre y la Junta hasta las escuelas de los barrios más apartados.

Ya Fr. Ceferino González, en sus Estudios Filosóficos, nos había advertido que cuanto una idea es más metafísica, tanto cala más en la sociedad y tanto mayor fruto produce.

La Institución Libre había traído a España una filosofía todo lo absurda que se quiera, pero que llevaba en su seno una cantidad grande de ideas metafísicas.

Esas ideas llegaron a hacerse carne de propaganda y proselitismo, y fueron llegando a las Normales, a los Institutos, a las Escuelas, y todos sabemos qué clase de frutos produjeron. Habrá, pues, que ir al cambio completo de nuestro sistema educacional, si no queremos que las mismas causas determinen idénticos efectos.

Estas páginas acaso parezcan a muchos cosas de niños, y hasta no faltará alguien que diga que para escribir esto no hacía falta ser Rector de una Universidad, siquiera sea de Manila.

Efectivamente: hemos procurado evitar cuanto signifique oscuridades y recovecos. Podríamos, con un poco de esfuerzo, haber conseguido, mediante citas y lucubraciones más o menos mentales, escribir un artículo que sólo entendieran los iniciados ¿Para qué?

Lo más difícil es lo que a veces parece más sencillo. Y bien sabe Dios que, en materias de pedagogía, el ser sencillo es lo más difícil.

Estos artículos valdrán poco; no valdrán nada; pero quisiéramos, al menos, que sirvieran para despertar alguna inquietud en quienes saben más y mejor que yo.

La reforma de la Educación Nacional

De todos los españoles, tal vez sea yo quien menos puede opinar sobre materia tan importante como una reforma del *plan de Educación Nacional*.

Recibida casi toda mi educación fuera de España, y habiendo vivido en el Extranjero desde los veinte años, en contacto siempre con otra clase de educación, debo confesar que apenas si conozco la técnica de la nuestra.

Ello, que debiera ser un motivo para hacerme callar, por aquello de «zapatero, a tus zapatos», y de «más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», me da cierta autoridad, pues cuanto digo será totalmente objetivo, sin que pueda acusárseme de ser parte interesada en el cambio. Con él, nada tengo que ganar ni que perder. Y es sólo el deseo de hacer algún bien a mi Patria lo que pone en mis manos la pluma.

Si alguien tuviere el mal consejo de leer estas notas, sepa de antemano que en todas ellas no encontrará ni una sola cita de *grandes pedagogos*, ni nacionales ni extranjeros. No quiero que a mí se me pueda decir lo que a muchos *eruditos*, que multiplican las citas hasta el infinito, en un alarde de demostración de conocimientos: «Bueno, ya sabemos lo que dicen otros; y tú, ¿qué dices?» Lo que yo diga será mío, plenamente mío; con poco o ningún valor, pero tendrá, al menos, el de no ampararse en opiniones o sentencias ajenas.

Por muy malo que sea, puedo asegurar que es el fruto de la experiencia personal de muy cerca de un cuarto de siglo. Y la experiencia en materias de pedagogía no deja de tener su valor.

Porque Dios lo quiso y la obediencia nos lo impuso, nos ha tocado ser: Director de un Colegio de *Primera Enseñanza*, con un total de más de seiscientos alumnos; Rector de un Colegio de *Segunda Enseñanza*, San Juan de Letrán, de Manila; finalmente, plugo a la Santa Sede ponernos al frente, como Rector, de una *Universidad*, acaso única en su género en todo el mundo.

Seis años llevamos de Rector de esa Universidad, la de Santo Tomás, de Manila, y hemos tenido oportunidad de darnos cuenta del valor educativo de diferentes sistemas educacionales. Ciertamente que hemos trabajado con unos alumnos que no eran españoles; y ello acaso haga que nuestras opiniones sean inaplicables a España. Nos daremos por contentos si en algún educador español despertamos una pequeña inquietud, que si lo ajeno no siempre es lo mejor, pudiera suceder que lo propio mejorase al compararlo con lo extraño.

Y aquí termina el preámbulo de estas notas, escritas sin pretensión y con la sola y única finalidad de aportar una opinión más a las muchas que sobre esta materia se han escrito.

Un programa integral

No comprendemos cómo sea posible en una Nación el cambio o reforma de una sola parte del programa educacional.

Tengo para mí que en España lo que debe hacerse es ir a una nueva *Ley de Enseñanza*, o si se quiere mejor, *de Educación*, que abarque desde las *Primeras letras* hasta la *Universidad*, y aún más allá: hasta los *Institutos de Investigación*, que son la corona científica de la Universidad.

Todo lo que sea remendar cosas rotas y reformar lo viejo, será perder lastimosamente el tiempo.

No se puede tener una buena *Universidad* si el material que llega de las *Escuelas Secundarias* no está bien preparado; ni los *Institutos* podrán dar una educación adecuada, si de las *Escuelas Elementales* les llegan alumnos casi analfabetos; ni podrán éstas nunca dar buenos resultados mientras se lleven, como se llevaban en mi tiempo, a base de «la letra con sangre entra» y «palo y tente tieso», y un pandemonium de un centenar de chicos de diversas edades y condiciones en un aula única, con un material de enseñanza casi nulo y anticuadísimo, y un

Maestro casi siempre gruñón y frecuentemente hiperclorhídrico, con un genio de mil diablos y con escasa preparación pedagógica.

Y mal podrán ser los Maestros lo que deben, mientras las *Escuelas Normales*, que son la ESPINA DORSAL de todo el sistema educacional, no funcionen como deben y no den frutos sazonados de Maestros nacionales bien preparados y *pedagógicamente* dispuestos. Ni tendremos buenas *Normales* mientras no funcione un *Instituto de Pedagogía*, donde se preparen los futuros Catedráticos de Normales.

Por muy ilustrado que se sea, no creo pueda comprenderse por qué para todos los oficios haga falta un aprendizaje más o menos largo; un entrenamiento más o menos intenso, y sólo para *enseñar* y *educar* no ha de hacer falta alguna la *preparación técnica*.

Claro que hay gentes que tienen, al parecer, un don natural de enseñar. Pero *son poquísimos*. Y todos los españoles hemos padecido a Profesores más o menos gotosos; Maestros más o menos enflaquecidos por el hambre, y que nada o casi nada sabían de enseñar. Y las consecuencias están bien a la vista. Pueblos que han tenido la fortuna de poseer un buen Maestro, son mejores, y disfrutan de una cultura y una educación mucho mayor que los que no han tenido esa dicha.

Y es que no basta con que un señor sepa Matemáticas, o Física, o Latín o cualquier otra disciplina, para que sepa enseñarla. Son dos cosas muy distintas y que frecuentemente andan disociadas.

Hay señores que saben mucho Latín, o mucha Física, o mucha Historia, y que, como Profesores, son una verdadera calamidad y que no enseñan una palabra de Latín, o de Física, o de Historia a los desgraciados alumnos que los padecen. Los que hemos pasado por la Universidad, sabemos mucho de esto. No hay alumno malo para el Profesor bueno; ni alumnos buenos para el Profesor malo.

Por eso en las oposiciones a Escuelas, a Cátedras de Institutos, de Normales y aun de la Universidad, debiera tenerse muy en cuenta la habilidad y preparación pedagógica de los candidatos.

Con frecuencia sucede que un hombre de medianos conocimientos hace una labor docente en la clase mucho más meritoria que otro que es una verdadera eminencia en su materia.

Por algo en nuestra Universidad Española del siglo XVI tenían los candidatos a Cátedra que dar sus clases durante un mes a aquellos estudiantes que habían de votarlos como Catedráticos.

Paréceme que un no pequeño número de señores Profesores no lo sería si se los hubiera sometido a esta prueba.

El dentista, el cirujano, el pintor, han de conocer, no ya sólo las reglas de su arte o ciencia, sino su práctica; ¿por qué no el Maestro?

La Educación, cuanto más elemental sea, tanto más es una función social de capitalísima importancia. Y ha de irse al ejercicio de esa función con un máximo de preparación técnica y científica.

A nadie se le ocurriría encargar la defensa de la nación invadida por un pueblo enemigo a un cualquiera: tampoco debe encargarse la Educación Nacional a quienes no estén lo suficientemente preparados para darla de un modo adecuado y conveniente.

Frecuentemente se confunde la Educación con la Enseñanza, cuando entre esos dos conceptos hay una gran diferencia, que no vamos nosotros a puntualizar aquí.

En cualquier grado de Enseñanza, el Profesor tiene la obligación sagrada de Educar al alumno.

Y no se nos diga que esa obligación de Educar sea de la Escuela y no de los Profesores y de cada uno de ellos en particular.

Si la Escuela es eso precisamente: una entidad compuesta por Profesores y alumnos; aquéllos que aducan y éstos que son educados.

Un Rector de Universidad o Director de Instituto que no se preocupe hondamente del problema de la Educación de sus alumnos y no cuida de que todos y cada uno de sus Profesores cumplan con esa misión altísima, hace un mal servicio a la sociedad y se hace indigno del cargo importantísimo que la Nación le ha confiado.

Es una pena el que nos esforcemos en tener buenos edificios, magníficas bibliotecas, bien montados laboratorios, si no cuidamos de que todos y cada uno de los Profesores cumplan con la gran misión social de *Educar* a la juventud.

Las generaciones futuras tendrán perfecto derecho a exigirnos responsabilidades si al hacer la España Nueva, en su parte más fundamental, que es la de la Educación, nos hemos quedado cortos y no hemos querido o no hemos podido llegar hasta el fin.

Se ha dicho y se ha repetido que el problema de España era, en gran parte, problema de *cultura*. Creo firmemente que eso no es más que parte de la verdad. En *cultura* no estamos muy por bajo de otros pueblos.

Nuestro problema es más bien de *Educación*. ¡El alma española es tan rica en ternuras, en piedades, en misericordias! Pero la cubre una corteza tan áspera y dura, que pincha y hiere a quien se llega a ella.

¡Si tuviéramos buenos Maestros que rompieran ese hielo de *mala educación* con que frecuentemente nos envolvemos!

* * *

En mi entender, el Programa Integral de Educación debe abarcar:

- A. Escuelas Elementales.
- B. *Escuelas Intermedias*.
- C. Institutos.—Normales.
- D. Universidad.—Instituto Pedagógico.
- E. Institutos de Investigación.

Las Escuelas Elementales, que *deben ser graduadas*, necesitan Maestros debidamente preparados. Para ello están las Normales. A ser posible, en ningún grado escolar debe haber más de cuarenta niños o niñas. Todo lo que sea pasar de ese número en cualquier grado de Enseñanza, es con detrimento de la buena Educación.

Y téngase en cuenta que sería mucho más beneficioso para España el aumento de Maestros nacionales, que se requerirían para atender a grupos de cuarenta niños, que el sistema actual, en que la matrícula puede ser y es hasta de setenta y ochenta alumnos.

Si todo lo barato es caro, en educación ello es doblemente verdad. Sabemos por propia experiencia que Profesores bien pagados y que tienen un mínimo de alumnos, dan un rendimiento educacional inmensamente mayor.

Y ese mayor rendimiento educacional significa un mayor servicio social. ¡Qué distintos los pueblos *mal* educados de los otros que lo están *bien*! ¡Y con el fondo grande de nobleza, de bondad y de sentimiento que posee el buen pueblo español!

A.-Escuelas de Párvulos

La edad escolar debiera ser, para las Escuelas de Párvulos, de CUATRO A SEIS AÑOS, con edificios adecuados y con Maestras especializadas y que hayan recibido una preparación especializada.

Es ésta la labor educacional más difícil y que supone mejores Maestras. Y digo Maestras, porque son ellas, y no los hombres, las que deberán encargarse de tales Escuelas.

La educación debe comenzarse en edad temprana, para aprovechar, de ese modo, la *gran plasticidad* que en los primeros años posee la mente de los niños. Todos sabemos que la edad de los tres o los cuatro años es la de los porqués en todos o casi todos los niños. Son esos los años en que comienza a alborear la razón, que, como campo virgen, está deseando la siembra de ideas.

En las mentes de los pequeños comienzan a dibujarse numerosos interrogantes, que les obligan a formular frecuentemente pregunta tras pregunta. No es infrecuente el cortar esa curiosidad inquisitiva de los niños, propia de su edad, con un «cállate» destemplado, o con un «los niños no deben hablar donde hablan los mayores», o fórmulas por el estilo, que hacen que ellos se retraigan y cobren miedo, creando complejos nada saludables.

Es un crimen pedagógico, que después se paga muy caro, ese no saber o no querer dar respuestas adecuadas a las preguntas de los niños. Por muy impertinentes que a nosotros nos parezcan, son para ellos verdaderos problemas, que pueden, en años venideros, hacerles verdaderamente infelices y desgraciados.

Ya sabemos lo muy difícil que es el cuidar de la educación y de la enseñanza de los niños en esos años. Por eso mismo se impone la necesidad de Maestras que, conociendo bien la psicología del niño y adiestradas plenamente en los preceptos y cánones de la pedagogía, se encarguen de esa tarea tan necesaria.

Se me dirá que es esa una edad, excesivamente temprana para comenzar la educación. Nosotros, acaso nos quejamos de que es excesivamente tardía. La educación debe comenzar aun antes de nacer, y la primera educadora debe ser la madre. Si ella no puede ejercer esa función sagrada, deberá encomendarla a personas debidamente preparadas, que la puedan y sepan hacer.

Y, pues, en la mayoría de los casos las madres ni saben ni pueden dar a los hijos, en los años tiernos de la infancia, la educación que éstos necesitan, debe irse a la creación de Escuelas de Párvulos, no tanto para que éstos aprendan a leer y escribir, sino para que se les vaya instruyendo y educando, mediante explicaciones sencillas.

llas de los objetos que más llaman su atención y acerca de los pormenores que determinan en ellos tantos *porqués*.

B.-Escuelas Primarias

La Escuela Primaria debe comenzar a los seis años, debiendo durar hasta los diez. Es de absoluta necesidad el llegar cuanto antes a que todas, o la mayor parte de nuestras Escuelas, sean graduadas.

El *mínimum* de grados debe ser *de cuatro*, equivalentes a otros tantos años. Menos de cuatro años no creemos que sea tiempo suficiente para la debida *preparación de los niños a la vida*. Sólo en aquellos lugares donde la matrícula sea muy pequeña, podría tolerarse otro sistema que el graduado. *Una educación elemental mínima ES DE ABSOLUTA NECESIDAD para la felicidad de los pueblos.* ¡Y de esto sabemos los españoles más que nadie!

Cuanto más completa sea esa educación elemental y llegue a mayor número, tanto estarán mejor preparados los ciudadanos para cumplir con los deberes de tales.

Una ciudadanía bien instruída en las tres disciplinas fundamentales de leer, escribir y contar, entendiendo por contar las matemáticas, es un elemento mejor preparado para la convivencia social que otra compuesta de analfabetos.

Difícil es que esa enseñanza elemental, tan necesaria al bienestar social, pueda darse en menos de cuatro años.

Claro que habrá pequeñas aldeas donde no sea posible la división de los alumnos en *cuatro grados*; mucho menos el tener cuatro Maestros para un número reducidísimo de veinte o veinticinco estudiantes.

No tratamos de defender lo imposible; sólo, sí, quisiéramos que, allí donde sea factible, se implante la división de los chicos y chicas en grados, cada uno de los cuales no deberá constar de más *de cuarenta alumnos* como máximo, al cargo de un Maestro o de una Maestra suficientemente preparados pedagógica y literariamente.

Las bases fundamentales de enseñanza tienen que ser las clásicas de *leer, escribir y contar*. Sin que diga que no puedan añadirse a esas tres, otras enseñanzas menos importantes.

Ya hemos dicho, y lo repetimos una vez más, que el problema es-

pañol tiene mucho de problema de *urbanidad* y de *buenos modales*. Somos extrañamente *ásperos* en nuestro exterior; como somos, en general, extrañamente buenos en nuestra parte interior.

Y es que en la Escuela nadie se preocupó, o se preocupó muy poco, de *ir sacando* (educere) al exterior esa médula tan rica en sentimientos que lleva todo español en su alma.

Esta labor de *educar* supone un número limitado de alumnos. Tiene que ser labor casi personal sobre cada uno de los chicos. Y los que hemos sido Profesores sabemos cuán difícil es dar atención personal a más de treinta alumnos en una clase.

España habrá dado un gran paso en el camino del progreso y de la felicidad el día en que cuente en todas sus ciudades y en todas sus villas, y aun en muchas de sus aldeas, con *Escuelas graduadas*.

Y será muy difícil el conseguir los altos ideales que hoy perseguimos mientras nuestra educación primaria no sea lo amplia y perfecta que debe ser.

Una nación cuyo presupuesto de Escuelas elementales no sea lo suficientemente amplio para que quepa en él la atención máxima que se debe a cada niño, será siempre una nación retrasada y sin una ciudadanía consciente y preparada para un *mínimum* de felicidad común de sus ciudadanos, que es el fin de toda sociedad organizada.

Después de las tremendas experiencias del pasado y después de tanta sangre derramada, sería triste que lo malográsemos todo por unos puñados de millones. Más que los millones, vale la sangre de nuestros muertos.

La Escuela Intermedia

Debe haber una especie de ESCUELA INTERMEDIA entre la *Primaria* y el *Bachillerato*, pues no conviene que los chicos vayan tan jóvenes a la *Enseñanza Secundaria*, y, por otra parte, el salto de la *Primaria* a la *Secundaria* es brusco es demasía.

Esa *Escuela Intermedia* serviría de *punte* entre la una y la otra. Tendría algo de *Primaria* y algo de *Secundaria*, y se distribuiría en *tres grados* o *años*, con opción a que los alumnos más aprovechados pu-

dieran hacer en un curso dos, pero nunca todos los de la Intermedia en menos de dos años. A esta Escuela Intermedia se la puede llamar, si se quiere, *Bachillerato Elemental*.

A más de uno hemos oído decir que el actual plan de Bachillerato, dentro de los aciertos que indudablemente encierra, tiene el no pequeño defecto de que es pesado en exceso para la capacidad de los niños de diez años.

Efectivamente, es muy joven el niño para entrar en esa edad en el Bachillerato. Muy fanático del sistema actual tendrá que ser quien niegue que a los diez años no se pueden hacer estudios de plena enseñanza secundaria. La mente del niño no tiene el desarrollo necesario para tales menesteres.

Por otra parte, sería absurdo querer que el niño estuviera en la Escuela Primaria más tiempo que el necesario para una buena formación elemental.

O hay que retrasar el ingreso en el Bachillerato hasta los doce o trece años, extendiendo entonces la Escuela Primaria hasta esa edad, o necesitaremos una *Escuela Intermedia*, que sea como lazo de unión entre la Enseñanza Primaria y la Media o Secundaria.

Nosotros, que hemos visto los magníficos resultados que esa *Escuela Intermedia* da en otros países, nos atrevemos a sostener que acaso sea ésta, si no la solución al problema, al parecer insoluble, de nuestra Enseñanza Secundaria, al menos una orientación digna de ser tenida en cuenta.

Esas Escuelas Intermedias deberían crearse en todas las ciudades y villas de más de 5.000 habitantes, y en los grandes centros urbanos, podrán darse, como se dan en Filipinas, en todas las Escuelas de Primera Enseñanza.

La *Enseñanza Elemental* estaría entonces dividida en dos grandes grupos: Primaria e Intermedia. La Primaria, dividida en cuatro grados, y la Intermedia, en tres.

Dicho se está que el nivel cultural de nuestro pueblo subiría de un modo grandísimo, y ello contribuiría no poco a dulcificar algún tanto esa aspereza tan nuestra, que cubre la riqueza de ternuras que nuestra alma encierra.

Ello, ya se sabe, supondría un presupuesto mucho mayor del ac-

tual. Pero, ¿puede el presupuesto de una nación emplearse en algo mejor que en hacer buenos y felices a sus ciudadanos?

Se dirá también que no hay Profesores o Maestros capacitados y preparados para tantas Escuelas.

Eso será verdad en el momento actual. Pero, ¿no habrá manera de ir preparándolos en las Normales? Lo que nos hace falta es fijarnos una meta y trabajar después en la consecución de medios para alcanzarla.

No puedo creer que no haya en España una docena de Normales que, puestas en buenas manos, no nos dieran todos los años un millar de buenos Maestros, tanto para la Escuela Primaria como para la Intermedia. Y en el lapso de unos años, tendríamos personal preparado.

Lo que no puede ni debe hacerse es ir difiriendo por más tiempo la solución de un problema tan fundamental como es el de la enseñanza.

Hace falta que ese problema se estudie en todo su conjunto. La Universidad necesita de Institutos de Investigación, de donde salgan sus Profesores; los Institutos necesitan de Universidades donde se formen plenamente, no ya sólo en las ciencias que han de enseñar, sino también en la técnica de la enseñanza, sus Profesores: las Normales deben nutrir las filas de su profesorado de alumnos formados en un Instituto Pedagógico, en que la técnica más completa de la enseñanza vaya hermanada con el conocimiento de las principales ramas del saber; las Escuelas Intermedias y Primarias requieren unos Maestros y unos Profesores competentes y que deben formarse en la Normal.

Sin buenas Normales, no habrá nunca buena Enseñanza Primaria; sin buena Enseñanza Primaria, no habrá jamás buenos Institutos; sin buenos Institutos, no tendremos Universidad que merezca el nombre de tal; sin Universidad, no habrá Investigadores dignos de ese nombre, y viceversa; sin Investigadores, no habrá nunca buena Universidad; sin Universidad, no habrá ni Institutos ni Normales merecedoras de ese nombre; sin Normales e Institutos, no habrá buenas Escuelas.

La Escuela, en todas sus ramas, de la más baja a la más alta, no son los edificios; ni las Bibliotecas ni los Laboratorios: son los

alumnos y el Profesor, y acaso pudiéramos decir que sólo el Profesor.

Un buen Profesor es una buena Escuela; una buena Escuela, puesta en manos de un mal Profesor, bien pronto quedará reducida a una mala Escuela.

Las Normales

La Enseñanza Elemental es de suprema importancia en el desenvolvimiento y civilización de un pueblo. Esto no se repetirá nunca suficientemente.

Un pueblo culto, con la cultura que un pueblo puede tener, tiene adelantado medio camino de la felicidad y progreso.

El pueblo español es básicamente bueno, honrado y noble. Tal vez no haya ningún otro que con él pueda compararse en esas cualidades.

Pero es extraordinariamente rudo y falto de buenas maneras. Es que no está educado: o no se le ha educado como debiera estarlo. También esto hay que decírnoslo, aunque nos duela y no queramos reconocerlo.

El Maestro, el cura y el médico son los tres grandes focos de bienestar de un pueblo. Dadme un pueblo con un buen párroco, con un buen Maestro y con un buen médico, y tendremos un pueblo culto, moral y sano, que es lo mismo que decir cristiano, honrado y bueno, y, por lo tanto, feliz.

Así como la Iglesia se ha preocupado, y preocupa cada vez más, de la formación de sus sacerdotes, así debe el Estado preocuparse de la formación de los Maestros, que son los que han de trabajar primero en la formación del alma de sus alumnos.

El Profesor de Segunda Enseñanza y el Profesor de Universidad, ya encuentran casi terminada la obra educacional.

Sin entrar ahora en el análisis de la opinión de un gran pedagogo de que la educación comienza quinientos años antes del nacimiento del niño, sí que es cierto —en virtud de la ley pedagógica de la plasticidad— que son los primeros años del hombre los que hay que aprovechar mejor para su educación y desenvolvimiento cultural.

«Dadme los niños —decía un pensador racionalista— y yo me encargaré de hacer ateos a la Humanidad.»

Y el Salvador nos dejó dicho: «Dejad que los niños se acerquen a Mí». «No queráis escandalizar a los pequeñuelos».

Una nación que tenga un Magisterio bien formado, de hombres y mujeres buenos y bien preparados, tiene una garantía de éxito, y el pueblo que cuente con una legión de Maestros honrados, buenos y bien preparados técnicamente, puede estar bien seguro de que tiene garantizada su felicidad.

De ahí el gran cuidado que debe tenerse en la buena y pedagógica educación de los Maestros. Todo el interés que se ponga en su formación será poco. De ellos, acaso más que de ningún otro factor, depende el futuro de un pueblo. «Los niños de hoy serán los hombres de mañana», y según fuere la educación que se les dé en la niñez, así serán de hombres.

Verdades son éstas tan elementales y tan de sentido común, que no acabamos ni acabaremos nunca de comprender el por qué hemos tenido los católicos tan abandonado el campo del Magisterio. Sólo esfuerzos aislados se han hecho acá y allá en ese sentido. Pero es triste confesar que fueron los izquierdistas los que más cuenta se dieron del gran valor social del Maestro.

¡Quiera Dios que, después de la tremenda experiencia de un pasado bien cercano, aprendamos esa gran lección!

El Maestro, como todo profesional, ha de tener una cultura general y una preparación técnica.

La cultura general del Maestro ha de ser la misma que la del médico, el abogado, el farmacéutico. Con ellos ha de alternar y convivir, y, dada su altísima misión, no podemos dejarle en cultura a un nivel inferior al de aquéllos.

Pero, dada su misión específica de educador de los niños, misión sumamente delicada y de una trascendencia enorme, debemos darle una preparación adecuada a esa misión, y que es absolutamente necesaria si la ha de cumplir honradamente.

Esa preparación habrá que dársela en las Normales que, como tienen un fin específico, deben tener también su modo de ser distinto completamente de las Escuelas Secundarias.

El estudiante ha de ir a la Normal con el fin exclusivo de ser el día de mañana el educador de la niñez.

Y todo cuanto estudie y haga en la Normal debe ir encaminado hacia esa finalidad.

Deberá estudiar Matemáticas, Física, Ciencia política, Gramática, etc.; pero siempre bajo el punto de mira de que un día habrá de comunicar todos esos conocimientos a los que habrán de ser sus alumnos.

El Bachillerato tiene carácter formativo y termina en el individuo preparándolo para mayor formación.

La Normal también forma al Maestro; pero no tanto para sí mismo como para que sea transmisor de conocimientos.

El Bachillerato tiene su función específica. La Normal tiene la suya. Y por eso en modo alguno habrá que confundir las unas y los otros.

Dr. Fr. SILVESTRE SANCHO O. P.